

## HENNEO MEDIA S.A.

Presidente: Fernando de Yarza López-Madrado  
 Consejero Delegado: Íñigo de Yarza López-Madrado  
 Director de Medios: Miguel Ángel Liso Tejada

## HERALDO DE ARAGÓN EDITORA S.L.U.

Presidenta: Paloma de Yarza López-Madrado  
 Vicepresidente: Fernando de Yarza Mompeón  
 Director del Negocio Prensa: Ignacio Martínez de Albornoz  
 Gerente de Medios Regionales: Eliseo Lafuente Molinero

## Director: Miguel Iturbe Mach

Subdirector de Información: Santiago Mendive. Subdirectora de Desarrollo Digital: Esperanza Pamplona. Redactor-Jefe de Organización y Cierre: Mariano Gállego. Adjunto a la Dirección

para Opinión: José Javier Rueda. Política: Mónica Fuentes. Economía: Luis H. Menéndez. Municipal: Manuel López. Digital: Nuria Casas. Deportes: José Miguel Tafalla. Cultura: Santiago Paniagua. Fotografía: José Miguel Marco.

LA FIRMA | Por María Antonia Martín Zorraquino

# Corrección y urbanidad

No es lo mismo la incorrección idiomática –falta de pericia en el uso de una lengua– que la inadecuación lingüística –hacer un uso chocante, descortés o agresivo del lenguaje–, pero de ambos problemas tenemos muchas muestras en nuestro entorno

El concepto de ‘corrección idiomática’ no se presta a definición clara. El término suele ajustarse a la imitación de los buenos escritores. En su excelente ‘Gramática de la lengua española’, Emilio Alarcos, cuyo natalicio centenario se conmemora estos días, precisa: «La Academia, con mutaciones varias a lo largo de sus casi tres siglos de vida, ha defendido criterios de corrección basados en el uso de los varones más doctos». Pero ciertos lectores quizá tuerzan el gesto: «¿Cuáles son esos varones?, ¿esos escritores que siembran de tacos sus artículos?».

El gran romanista Eugenio Coseriu postula que el término ‘corrección’, referido al uso de la lengua, remite a tres ámbitos distintos: al saber lingüístico universal (al hablar en general), al conocimiento de una lengua concreta (por ejemplo, el español), o al saber emplear tal lengua en una circunstancia definida (‘verbi gratia’, al saludar a alguien). En el primer caso, se trata, no de corrección, sino de congruencia lingüística, y en el tercero, de adecuación al contexto comunicativo. Solo en el segundo caso puede hablarse de ‘corrección’, ya que, solo en ese ámbito, el hablante se ajustaría propiamente, o no, a la técnica históricamente constituida que es todo idioma. Así: «La tierra consta de cinco continentes que son cuatro: Europa, Asia y América», sería una expresión correcta, pero incongruente; «Ya veo que su padre tiene cáncer y pronto va a estirar la pata» sería también correcta, pero inadecuada (ejemplos, ambos, de Coseriu), mientras que «Mí no saber mucho», sería una oración incorrecta, ya que, frente a «Yo no sé mucho», reflejaría un claro desajuste en la concordancia de número y persona gramaticales que liga al verbo y al sujeto. De quien profiriera la primera frase quizá diríamos que no anda muy bien de reflejos –o de memoria–, del hablante segundo, que carece de sensibilidad, y del tercero que no habla correctamente el español.

Quienes se ocupan de la corrección idiomática en la prensa –recordemos, por ejemplo, ‘El dardo en la palabra’ de Fernando Lázaro Carreter, o ‘Limpia y fija...’ de Mariano de Cavia– se refieren fundamentalmente al ámbito mencionado como tal, ya sea en el nivel gramatical (respecto,



HERALDO

‘verbi gratia’, a ‘este agua’, en lugar de ‘esta agua’, o ‘la dije que viniera’, en vez de ‘le dije que viniera’), o en el léxico (Cavia defendía, por ejemplo, ‘balompié’ frente a ‘fútbol’, anglicismo intolerable para él). Más raramente censuraban ejemplos inconvenientes o inadecuados, si bien Lázaro Carreter ofrece preciosos dardos sobre el desafortunado tuteo hacia las personas mayores por parte de algunos profesionales. Ciertamente, las incorrecciones idiomáticas a menudo triunfan (fútbol lo ha hecho sobre balompié) y claro está que las inadecuaciones contextuales reciben una censura mucho menos generalizada: para muchos lectores que un escritor emplee tacos no lo rebaja como autor, mientras que para otros constituye una práctica inaceptable.

Pese a la distinción entre corrección lingüística y adecuación contextual, las quejas que actualmente oímos respecto a lo mal que habla la gente afectan a ambos tipos de fenómenos descritos: los incorrectos y los inconvenientes. Y yo creo que más a los segundos que a los primeros. Ca-

be preguntarse por qué se dan ambos tipos de desviaciones. En un país donde desde hace cincuenta y dos años se ha conseguido un tramo esencial de educación general obligatoria, resultaría incongruente que no se hubiera logrado una formación lingüística de impecable corrección en el hablar... y en el escribir. Si el éxito no es total, está claro que deben implementarse las horas dedicadas al estudio de la lengua y de la literatura españolas y la exigencia en su valoración, porque hablar y escribir con corrección son las puertas que abren las de todos los aprendizajes. Más peliagudo es el asunto de la orientación para un comportamiento verbal adecuado al contexto.

No voy a invocar el viejo Carreño (1885), o las clases sobre urbanidad y buenas maneras de antiguos planes de estudios. Pero sí creo que el espacio y el tiempo dedicados a la reflexión y enseñanza sobre algunas normas básicas de urbanidad lingüística evitarían que el griterío de algunas tertulias televisivas, la práctica casi permanente de interrumpir al interlocutor, el empleo de insultos, la ironía agresiva o la sistemática degradación de las personas vengan a resultar modelo digno de imitar en lugar de constituir un ejemplo claro de lo que no debe ser, de ninguna manera, la conducta verbal ciudadana.

María Antonia Martín Zorraquino  
 es profesora emérita de la Universidad de Zaragoza y miembro de Apeuz

**«Para muchos lectores que un escritor emplee tacos no lo rebaja como autor, mientras que para otros constituye una práctica inaceptable»**

## EN NOMBRE PROPIO

Almudena Vidorreta

### Temporeros de cátedra

Un filólogo, una bióloga y un psicólogo emprenden su camino de retorno a la tierra que dejaron en busca de oportunidades. La pandemia ha cambiado su escala de valores. La situación geopolítica, sumada a los planes familiares y la crisis ecológica, les ha motivado para dejar puestos académicos de mayor o menor estabilidad en EE. UU., y aventurarse a vivir en un medio económicamente precario, personalmente feliz. Desde sus diversas disciplinas, comparten escollos de similar naturaleza. El país que añoran, ese que primero les dio una beca por haber demostrado su valía intelectual a golpe de expediente, no considera sus títulos de posgrado conseguidos fuera de fronteras europeas. Su convalidación, con un golpe de fortuna, será admitida a trámite dentro de unos meses previo pago. Mendigan certificados. Apostillan. Invierten en notarios y traducciones juradas. Hay que probar suerte. Brindan y bromean sobre su regreso, mientras debaten en torno al sentido del éxito. Fue bonita mientras duró, la movilidad exterior. Se sintieron un poco temporeros: durante años marcaban el calendario y compraban billetes de avión con toda la premura posible. Otoño. Navidades. Primavera. Viaje veraniego y media vuelta. Les puede la culpa con el chiste, porque no es lo mismo trabajar de sol a sol, sobre la tierra, que en una biblioteca o en un laboratorio. Y no van a contar lo de las cucarachas y los ratones. Les digo que son carne de jota: No levantes tanto el vuelo, / palomica, palomica, / porque te saldrás de España / y no sabrás volver luego.

Almudena Vidorreta es poeta y profesora

## Bufet libro

En mi casa había bufet libre de libros: iba a la biblioteca de mi madre y picoteaba de aquí y de allá, mezclando dulce con salado y ácido con amargo. Jamás me prohibió leer ninguno. Y sí, claro que un par de títulos me sentaron mal porque aún no tenía ni estómago ni cabeza para digerirlos. Pero no pasó nada. A esa edad, peor que la indigestión literaria es que no te haga caso el chaval que te gusta: una nunca está preparada para que le rompan el corazón.

Los libros pueden ser cualquier cosa menos incoloros, inodoros e insípidos; han de provocarte, incendiarte, agitar, revolverte. O, cuanto menos, darte algún tipo de placer, pecaminoso o no. Y esas son las obras que se han prohibido desde siempre. En Malmö se abrió el año pasado una biblioteca de libros cen-

surados y en Tallin existe el Museo de los Libros Prohibidos. Falta nos hacen: mientras aquí comienzan a marchitarse las rosas de San Jorge, en Estados Unidos siguen retirando de las bibliotecas de los Estados republicanos los libros que consideran peligrosos. Afortunadamente, la Biblioteca de Nueva York ha acudido al rescate, poniendo a disposición de cualquier interesado los libros censurados para ser leídos en formato electrónico. San eGutenberg les bendiga.

Pasará con los libros proscritos lo que pasó con ‘Maus’ después de ser eliminado del plan de estudios de un colegio de Tennessee, que aumentarán las lecturas y las ventas. Normal: a mis amigos no les dejaban beber Coca-Cola y se ponían ciegos a cafeína en cuanto sus padres se despistaban. Aunque no les gustara. Y si hay que apl